

tierra, y fué á situarse á un lado del camino para dejarnos pasar. Mi caballo temblaba como un azogado, y como lo observase el paquidermo, penetró mas adentro en la espesura, repitiendo su grito, pero con mas suavidad y como para animarnos. Mi corcel seguía dominado por el espanto y yo tenía ya curiosidad por saber lo que pasaría. El elefante continuó internándose, y parecía esperar con impaciencia que pasáramos; por último, franqueó mi caballo el camino, temblando siempre de miedo, y al instante salió el gigante, cogió de nuevo su viga, y continuó el penoso trabajo.»

El elefante salvaje es mas ingenuo que prudente; su inteligencia no llega á la astucia; la rica naturaleza que le rodea le ofrece abundante alimento, dispensándole de poner en juego todas sus facultades, y observa un género de vida tan tranquilo como inofensivo. Al primer golpe de vista pudiera creer el observador que se halla ante el mas estúpido de los seres; pero cuando el temor se apodera de él, obligándole á reflexionar, no hay animal alguno que le aventaje.

Equivocadamente se ha calificado de terrible á este animal: es manso y pacífico; vive en paz con todos los seres; no acomete jamás á nadie si no se le excita, y evita cuidadosamente á todos los animales, por pequeños que sean. «El mas terrible enemigo del elefante, dice Tennent, es la mosca.»—«Un raton, dice Cuvier, asusta al elefante hasta el punto de hacerle temblar.» Todos los relatos que han circulado acerca de luchas entre este paquidermo con el rinoceronte, el leon y el tigre, deben relegarse al dominio de la fábula, sin excepcion alguna: un carnicero se guardará muy bien de acometer al monstruoso animal, y este no da motivo á ningun otro sér para encolerizarse ni vengarse.

Algunos animales, particularmente ciertos pájaros, viven en muy buena inteligencia con el elefante: en el sur de Africa es el *Buphaga africana*, en el norte el *ardeola bubulcus*, y en las Indias, algunos otros pájaros se ocupan continuamente en despojar al gran paquidermo de los parásitos molestos.

Donde va el elefante de Africa van las garzas reales ó guarda-bueyes, y á fe que es curioso espectáculo ver á uno de estos gigantescos animales caminando tranquilamente con una docena de aquellas magníficas aves de blanco y brillante plumaje sobre sus espaldas. Una reposa, la otra se limpia, y una tercera rebusca en todos los pliegues de la piel para encontrar algun insecto ó coger una sanguijuela que se agarra al elefante durante su baño nocturno.

El elefante viviria del mismo modo en paz con el hombre, si este fuera digno de su confianza. Segun dice Heuglin, aun hoy día se observa en el interior del Africa, y sobre todo en regiones donde apenas se persigue á los elefantes, que estos no hacen aprecio del hombre cuando por casualidad le encuentran en medio de ellos. Kirk afirma tambien que en el Africa meridional se hallan á veces numerosas manadas que no huyen al acercarse un sér humano; pero bástales á estos colosos la experiencia de un día para ser desconfiados. Entonces evitan con timidez al que es por excelencia enemigo de todos los animales; aléjanse de sus colonias y hasta de los senderos que frecuenta, aunque solo sea temporalmente, y van en busca de regiones que les ofrezcan seguridad, paz y quietud. «Dada la longevidad que el elefante alcanza, dice Schweinfurth, apenas habrá un individuo viejo que no haya sido atacado varias veces por el hombre en el transcurso de su vida, y esto basta para comprender la timidez de esos animales; así se explica que el elefante huya al punto, apenas sospecha la presencia de su terrible enemigo.» Cuando un individuo de la manada presiente un peligro, segun dice Heuglin, levanta la trompa para husmear mejor, vuelve la cabeza á un lado ó la alza, inclina una de

las orejas hácia atrás para cerciorarse de la direccion que sigue el supuesto enemigo, y apenas le reconoce lanza un grito de alarma, dando así la señal de fuga, que toda la manada emprende al instante.

Cada manada de elefantes forma una gran familia, é inversamente, cada familia constituye un rebaño. Estas sociedades son mas ó menos numerosas; se ven algunas compuestas de diez, quince, veinte y hasta cien individuos. Anderson vió cerca del lago N'gami una manada de cincuenta individuos; Barth encontró en el lago Tschad otra de noventa y seis, y Wahlberg una de doscientos en la Cafreria. Muchos viajeros aseguran haber visto cuatrocientos ó quinientos y hasta ochocientos elefantes juntos.

Heuglin asegura haber encontrado un grupo cuyo número, segun calculó, debía ascender lo menos á quinientos individuos. Kirk pretende tambien haber visto una vez en las orillas del Zambezé, una manada de ochocientos individuos, que avanzando á la manera de los Pielos rojas, es decir, uno tras otro, formaban una fila de mas de una legua inglesa de longitud.

La familia forma un todo bien circunscrito; á ningun otro elefante se le admite en ella; y aquel que por una causa ú otra ha tenido la desgracia de extraviarse ó de escapar de la cautividad, se ve precisado á vivir solitario. Podrá paecer cerca de la manada; ir á los mismos sitios para bañarse y beber, y seguir á los demás; pero manteniéndose siempre á conveniente distancia, pues nunca se le admite en el seno de la familia. Si trata de introducirse en ella, se le recibe á colmillazos ó trompazos, observándose que hasta la hembra le maltrata. Los indios llaman á estos elefantes *gundah*; y cuando son malignos *rogues*: los últimos sobre todo son muy temibles. Mientras que los demás siguen tranquilamente su camino, evitando siempre al hombre, y sin acometerle sino en el último extremo, y mientras que estos ni siquiera hacen daño á su propiedad, los *rogues* no tienen tales consideraciones. Su vida solitaria les ha enfurecido, y por lo mismo se les da caza sin tregua; nadie los compadece, ni aun se trata de cogerlos vivos.

Los indios, á quienes debemos considerar como mas conocedores del elefante que ningun otro pueblo, aseguran que cada familia tiene sus caracteres distintivos. Los ingleses dicen que aquellos indigenas pueden reconocer á los individuos de una familia aun cuando haya sido dispersada. «En una manada de 21 elefantes, que fueron cogidos en 1844, dice Tennent, la trompa presentaba en todos un carácter particular; era redondeada y de un grueso igual por todas partes. En otra de 35 individuos, todos tenían los ojos en la misma posicion, igual prominencia en el lomo é idéntica forma de la cara.» Los indios saben que el número de individuos de una manada, dejando á un lado la multiplicacion natural, es siempre constante, á menos de ocurrir algun accidente particular. Hay cazadores que durante algunos años no vieron nunca en las familias otros individuos sino los que habian escapado de sus primeros tiros. En todas las manadas preponderan las hembras; y en muchas no se encuentra macho alguno, probablemente porque estos son mas perseguidos á causa de sus mayores dientes. Se puede decir que, por término medio, hay un macho por cada seis ú ocho hembras.

No determinaré yo hasta qué punto son aplicables estos datos al elefante africano. Kirk y Heuglin convienen en que los machos y las hembras constituyen manadas especiales, que solo se reunen durante la época del celo; y que en Africa se observan tambien individuos solitarios, de los cuales nadie se debe fiar mucho, porque atacan en ciertas ocasiones al hombre sin ser provocados.

El elefante mas perspicaz se encarga de conducir la manada; su deber es guiar á los demás, evitar los peligros, observar el país, y en una palabra, velar por la seguridad comun. Ya hemos dicho que todos los elefantes salvajes son muy tímidos y prudentes, pudiendo añadir que el guia lo es diez veces mas. Sus funciones son penosas; hace un continuo ejercicio; pero en cambio le obedecen al punto sus subordinados; jamás se rebelan contra él, y le siguen aunque los conduzca á su pérdida.

«En lo mas fuerte de la sequía, dice el mayor Skinner, se agotan los rios, los pantanos y los estanques: los animales de la India sufren entonces mucho por la falta de agua, y se reúne un gran número de ellos al rededor de las lagunas que no están del todo agotadas. Cerca de una de ellas tuve cierta noche oportunidad de observar la sorprendente prevision de los elefantes. En una de las orillas comenzaba una espesa selva virgen, y por el otro lado se extendía la llanura libre; brillaba la luna majestuosamente, difundiendo una luz tan

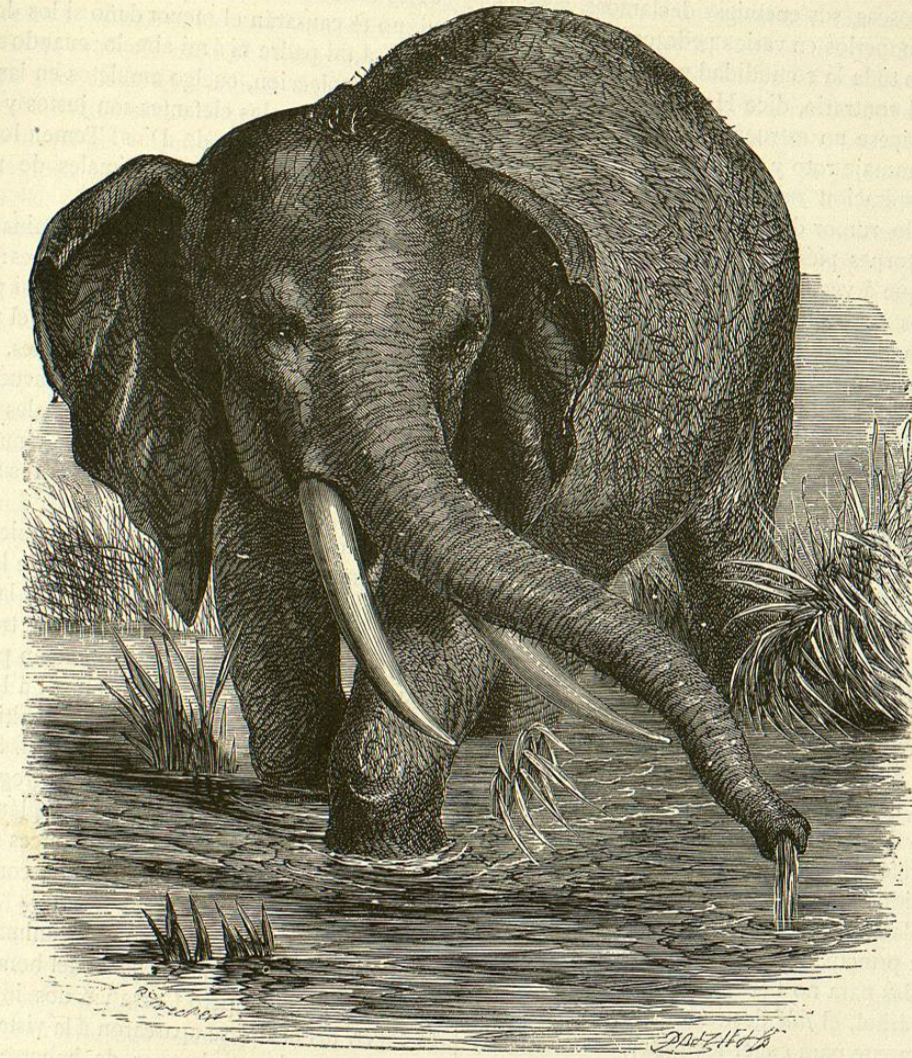


Fig. 289.—EL ELEFANTE DE AFRICA

clara como la de nuestros días del norte y á favor de ella resolví observar á los paquidermos. El lugar era propicio; un árbol gigantesco, cuyas ramas se extendían sobre el estanque, podia servirme de observatorio; dirigíme á él muy temprano y esperé.

Los elefantes no distaban mas de quinientos pasos, pero pasaron dos horas antes de llegar á divisar el primero. A unos trescientos pasos del estanque apareció uno muy corpulento que salía del bosque; habia avanzado sin hacer el menor ruido; detúvose para escuchar, y permaneció algunos minutos inmóvil como una roca. Luego adelantó mas; paróse de nuevo, y repitió la misma operacion tres veces, enderezando siempre las orejas para escuchar mejor. De este modo llegó hasta la orilla del agua, mas no apagó su sed; yo veía reflejarse en la superficie su imágen, y noté que el animal estaba observando; luego se alejó silenciosamente y prudentemente, y penetró en el bosque por el mismo sitio por donde habia salido.

TOMO II

» Sin embargo, no tardó en reaparecer, y seguido esta vez de cinco de sus compañeros: todos avanzaban con la misma prudencia; pero menos silenciosamente. El guia situó á los cinco elefantes de centinela, internóse despues en el bosque, y volvió á salir á poco, seguido de toda la manada, compuesta de unos ochenta á cien individuos. Todos marchaban con tal silencio, que aunque los veía, no podia oírlos; detuviéronse á mitad del camino: el guia avanzó de nuevo, acercóse á los centinelas como para conferenciar con ellos, y una vez completamente seguro de que todo estaba tranquilo, dió la señal de avanzar. Olvidando entonces toda idea de peligro, la manada entera se precipitó en el agua; el miedo habia desaparecido del todo; los animales tenían completa confianza en su jefe, y no se cuidaban ya de nada, seguros de su vigilancia.

» Desde aquel momento entregáronse al placer de apagar su sed y refrescarse en un baño bienhechor, siendo el guia el último que lo hizo: jamás habia visto yo tantos animales



reunidos en tan corto espacio; creí que iban á dejar seco el estanque, y los observé con interés hasta que todos estuvieron satisfechos. Queriendo ver entonces qué efecto produciría un ruido insignificante, rompí una pequeña rama, y en el momento precipitose toda la manada hácia el bosque.»

Los elefantes buscan su alimento con la misma precaucion: los bosques que habitan son tan ricos, que jamás padecen hambre; siempre tienen abundante alimento, y por lo mismo no son voraces, ni glotonos. Rompen las ramas y los tallos de los árboles como por pasatiempo: se hacen aire con ellos para ahuyentar las moscas, sus enemigas declaradas, y se los comen despues de romperlos en varios pedazos. Aunque esta comida se efectúa con toda la comodidad posible, no termina sin ruido; muy por el contrario, dice Heuglin en su pintoresca descripción, prodúcese un estruendo verdaderamente infernal. El crujir del ramaje roto y de los troncos arrancados, la trituracion, la respiracion ruidosa, la evacuacion de los excrementos, el sordo rumor del aire en los intestinos, los movimientos de los torpes piés en el fango, el continuo golpeo con las orejas, que á veces se extienden como parasoles, el roce de los colosos contra los gruesos troncos de árboles, y por último, su ronco mugido, todo, en fin, contribuye á producir un estrépito que basta para ensordecer á un hombre, por fuerte que sea su sistema nervioso. Este ruido basta para indicar la medida de los destrozos causados en el bosque por una manada de elefantes. «Lo que no aplastan los gigantes piés, añade el citado viajero, queda roto; los árboles mas fuertes son arrancados de raíz para despojarlos de sus ramas; los arbustos bajos forman un caos, cual si hubiesen sido juguete del huracan; y los troncos que habian resistido á los temporales de mas de un siglo, se rompen como frágiles cañas.»

En sus excrementos, cuya forma se asemeja á la de una morcilla, siendo su largo de 0",50 por 0",12 de grueso y su peso de 6 kilogramos, encontré pedazos de rama de 0",10 á 0",12 de largo y de 0",04 á 0",05 de diámetro; en cuanto á las ramas pequeñas, cogen un monton, se lo introducen en la boca y lo mascan ó desgarran con sus dientes. Pelan mas ó menos las gruesas raíces, pero dejan la madera. Cada país tiene árboles preferidos por estos animales: el Africa central produce el que se llama *árbol de los elefantes*, porque este es el que los alimenta principalmente; es un árbol de espinas, pero bastante blandas para no herirse el paladar.

Además de este árbol, el *fihl* destroza tambien otros muchos, y varios solamente para coger los frutos, los cuales hacen caer sacudiendo las ramas.

Los elefantes prefieren siempre á la yerba el ramaje y las raíces de árbol, aunque no desprecian la primera: cuando una manada llega á cualquier sitio cubierto de yerbas jugosas, comienza á pacer; cada individuo arranca las matas con su trompa, las golpea contra un árbol para quitar la tierra que se adhiere á las raíces y se las come despues.

En sus peregrinaciones nocturnas visitan algunas veces los elefantes los plantíos, y ocasionan grandes daños: pero el menor espantajo, la mas endeble empalizada, basta para alejarlos. Los indios dejan en medio de sus campos largos senderos para los elefantes que van á beber; rodean sus jardines de un encañizado de bambú muy ligero, pues aunque bastaría un solo trompazo para derribar tan frágil obstáculo, jamás han intentado hacerlo estos animales.

Únicamente los *gundahs* se atreven á ello algunas veces; pero todos se diseminan por los campos apenas les abren la puerta. Despues de la recolección dejan los campesinos el rastrojo para los elefantes, y estando ya libre el paso por las empalizadas, penetran en masa y se comen todo cuanto queda.

Tal prueba de astucia dan tambien los elefantes del Afri-

ca, suponiendo que los relatos de los indígenas sean una verdad. Segun noticias adquiridas por Heuglin, estos paquidermos conocen muy bien la época en que se transporta el trigo desde la llanura á las montañas de Abisinia; preséntanse entonces súbitamente, espantan á los camellos, abren los sacos que en tal caso dejan caer, y devoran el contenido. Yo creo que este hecho es tan poco fundado como la afirmacion de los habitantes del Sudan, quienes dicen que el *fihl* no invade nunca los campos protegidos por un amuleto; y esto solamente por un sentimiento innato de justicia.

«Los elefantes, me decía un jeque en las orillas del Nilo Azul, no te causarán el menor daño si los dejas en paz: nada hicieron á mi padre ni á mi abuelo; cuando se acerca el tiempo de la recolección, cuelgo amuletos en las altas pértigas, y esto basta, porque los elefantes son justos y respetan la palabra del profeta enviado de Dios! Temen los castigos reservados á los blasfemos, y son animales de reconocida rectitud.»

En las montañas del Habesch determinan los cambios de estacion las emigraciones de los elefantes: en el país de los Bogos suben y bajan dos veces al año casi por un solo camino, y pasan así cuatro anualmente por el mismo punto. La falta de agua les obliga á bajar á los valles, y como la primavera, ó sea la estacion de las lluvias, devuelve nueva vida á las montañas, regresan á ellas los animales para disfrutar de aquellos ricos pastos. Bajan desde la cima hasta las orillas del Ain-Saba, y una vez allí vuelven á subir, verificándose todos estos viajes durante la noche.

El elefante se sirve de su trompa tambien para introducir el agua en la boca. Cuando llega cerca de la orilla, su primera ocupacion es beber, y hasta que apaga la sed no comienza á rociarse todo el cuerpo con agua. La trompa no le sirve solo para aspirar el líquido, sino tambien para recoger arena y polvo, con la que ahuyenta el animal á los insectos.

Fácilmente se comprenderá que la multiplicacion de estos enormes paquidermos es muy limitada. Se ha reconocido que cuando el elefante está en celo segrega con abundancia un líquido fétido que proviene de dos glándulas situadas detrás de las orejas; el animal está entonces muy excitado, y es peligroso hasta para sus conductores, con los cuales suele manifestarse muy manso.

Creíase en otro tiempo que este animal no se apareaba sino en libertad, hallándose lejos del hombre, y hasta se hablaba de su pudor: pero Corse vió dos individuos acabados de coger, los cuales se aparearon á la vista de un gran número de espectadores, despues de haberse acariciado suavemente con sus trompas; se aparearon en diez y seis horas cuatro veces completamente al modo de los caballos.

El periodo del celo varía: una vez se declaró en febrero, y luego en abril, junio, setiembre y octubre. Tres meses despues del apareamiento observó Corse en la hembra los primeros indicios de la gestacion, que duró veintidos meses y diez y ocho dias; al cabo de este tiempo dió á luz la elefanta un hijuelo el cual comenzó á mamar en seguida. La madre permanecia de pié, y el pequeño cogía la mama con la boca, echando la trompa á un lado. Casi todos los observadores dicen que la madre no profesa mucho cariño á su vástago; en cambio se ha visto que todas las hembras cuidan con igual afecto á los pequeños aunque no sean suyos y se refiere que los salvajes ofrecen sus mamas á todos los jóvenes sin excepcion.

Los últimos tienen al nacer la altura de unos 0",90, y crecen tan rápidamente, que ya despues del primer año llegan á medir 1",20; al fin del segundo 1",40, y al terminar el tercero 1",50 de alto. Ya desde el principio comienzan á ser relativamente menos torpes que otros animales jóvenes, y hasta

pueden pasar por graciosos, y grotescos; durante el primer tiempo de su vida permanecen con preferencia debajo del vientre y entre las piernas de la madre, cuyo sitio no dejan aunque esta emprenda una marcha rápida. Segun parece, están varios años, tal vez hasta el siguiente parto, bajo la protección de la hembra, que los enseña pronto á comer, ofreciéndoles si es necesario el alimento favorito, las ramas que cogen de los árboles.

El elefante crece hasta los veinte ó veinticuatro años; pero probablemente puede ya reproducirse á los diez y seis: la primera muda dentaria se verifica á los dos años, la segunda á los seis y la tercera á los nueve, siendo despues los dientes mas duraderos. Se ha evaluado muy diversamente la edad á que puede llegar un elefante: Tennent habla de individuos que estuvieron cautivos cien años; pero al mismo tiempo, cita una lista oficial de los que habia comprado el gobierno y murieron despues. De los 138 elefantes cuyos nombres figuraban en aquella, solo uno existia veinte años mas tarde. Otros observadores dicen que el animal salvaje puede vivir 150 años.

CAZA.—Los elefantes están comprendidos por desgracia en el número de los animales destinados á extinguirse. No se les caza para poner coto á sus devastaciones, sino para obtener el precioso marfil, lo cual motiva la guerra de exterminio que hace tiempo le ha declarado el hombre. Los destrozos que ocasiona son tolerables, pues las manadas permanecen en los bosques, y únicamente debe temerse á los solitarios. Sir embargo, algunas veces tienen verdaderos caprichos: arrancan los postes que mandan fijar los ingenieros para indicar los caminos; y otros penetran continuamente en la misma plantacion, obligando al propietario á llamar en su auxilio á los cazadores de mas triste celebridad. Y digo esto, porque desgraciadamente tengo mis razones para ello. La mayor parte de los cazadores se hace completamente indigna de su oficio. Los ingleses son generalmente los que se dedican á la caza del elefante, y eso dice bastante. Gordon Cumming en las siguientes líneas explicará lo suficiente su modo de cazar, para probar mi concepto.

«El 31 de agosto, dice, encontré el mas grande y hermoso elefante que jamás habia visto; hallábase á unos 150 pasos del sitio donde yo estaba y me presentaba el costado. Yo preparé mi arma, le apunté á la espaldilla, y al primer tiro me conté ya como dueño de él, pues la bala tocó en el omoplato, y los movimientos del animal se paralizaron inmediatamente. Resolví observarle algun tiempo antes de poner fin á su vida, pues el espectáculo que se ofrecía á mis ojos era verdaderamente magnífico; parecíame ser el señor de aquellos inmensos bosques que me prometian abundante y hermosa caza; y despues de admirar un poco á mi víctima, quise hacer algunos ensayos para reconocer cuáles eran sus partes mas vulnerables. En su consecuencia avancé mas é hice algunos disparos á corta distancia: á cada balazo bajaba el animal la cabeza y lamia suavemente la herida con su trompa; yo estaba asombrado, y me dió verdaderamente lástima ver al coloso soportar tan dignamente su desgracia. Entonces quise rematarle cuanto antes, y le disparé seis tiros detrás de la espaldilla; cada uno de ellos debía ser mortal, pero no pareció que producian gran efecto al principio, y por tanto apunté al mismo sitio tres veces, doblando la carga. Abundantes lágrimas corrieron entonces de los ojos del elefante; abrió lentamente sus párpados y volvió á cerrarlos; agitaron algunas convulsiones su cuerpo, é inclinándose de lado dejó de existir.»

El autor trata de excusar su crueldad diciendo que solo hizo los ensayos para abreviar los padecimientos de otros elefantes; pero no podemos admitir esta excusa. El cazador debe

saber de antemano cuál es el punto mas vulnerable; y prescindiendo de esto, revelan tanta sed de sangre salvaje é inútil las páginas de la obra de Gordon Cumming, que en el mero hecho de disculparse parece reconocer su falta.

¡Cuánto mas superior al hombre se hizo este elefante; qué infame se mostró el miserable y maligno enemigo en comparacion con el magnífico cuadrúpedo! Hablando de otra cacería de elefantes, el mismo cazador refiere que disparó contra un macho de gran corpulencia treinta y cinco tiros antes de rematarle.

Los cazadores de la India no son menos crueles, y Tennent lo ha dado á conocer bien claramente. Son tan poco generosos como lo eran en otro tiempo los grandes personajes que hacian reunir centenares de nobles animales en un reducido espacio para asesinarlos tranquilamente desde lo alto de un estrado. Los mas célebres cazadores de la India han llevado á cabo sus hazañas en los corrales, de los que hablaremos luego, han matado á sangre fria animales encerrados, dejándoles morir-se donde se hallaban, sin mas objeto que el de añadir algunas notas mas á su odioso registro; y han quitado, en fin, la vida lo mismo á jóvenes que á viejos, sabiendo que no podrian utilizar sus despojos. Y á la verdad, entre todos los pueblos llamados civilizados, solo los ingleses son capaces de tales barbaridades.

Tambien los indígenas del Africa central son inexorables con el elefante y le persiguen con la mayor saña. Hoy dia siguen dándole caza por el mismo método empleado en las épocas mas remotas. Estrabon refiere ya que los *elefantofagos* (comedores de elefante), los cuales habitan cerca de Saba, en las estepas del territorio de Altabara, cortan con su sable el tendon de Aquiles de estos colosos para apoderarse de ellos; los nómadas que actualmente habitan las citadas estepas hacen aun precisamente lo mismo. Montan desnudos á caballo para tener mas libres los movimientos, y así persiguen á los elefantes de una manada, procurando dispersarlos; cuando lo han conseguido, corren con toda la rapidez de sus caballos tras los individuos que eligen, persiguiéndoles montaña arriba ó abajo, por los desfiladeros y bosques, á través de las malezas y de las altas yerbas, hasta que logran cansarlos. Entonces los atacan con la lanza y los entretienen mientras que un compañero corta el tendon. Baker cazó mucho tiempo en compañía de aquellos indígenas, y no encuentra palabras bastante expresivas para elogiar la destreza y valor de tan hábiles cazadores. Un tiro que disparó contra un elefante no produjo mas efecto que el de hacer emprender la fuga al paquidermo con mayor rapidez. «Pero en el mismo instante, dice Baker, acercáronse al galope los cazadores indígenas, despues de atravesar la llanura arenosa cual fogosos lebreles; volviéronse hácia el coloso, cortáronle la retirada y le hicieron frente. El animal se detuvo y entonces los cazadores dieron principio al ataque con tanto valor como imprudencia. En vez de llamar la atencion del elefante por un jinete que finge huir, apeáronse todos á la vez y acosaron al furioso animal en medio de la profunda arena. Para un cazador no podria imaginarse espectáculo mas magnífico y peligroso que semejante lucha, digna de rivalizar con cualquier combate de gladiadores. El elefante, cuyo furor llegaba á su colmo, parecia comprender muy bien que los hombres intentaban acercársele por detrás, y por eso se revolvia rápidamente haciendo cara á uno de sus enemigos y despues al otro, con la cabeza inclinada, profiriendo al mismo tiempo gritos de furor y levantando nubes de polvo. Los cazadores evitaron sus ataques con una habilidad asombrosa, á pesar de que la profundidad de la arena era tan favorable al elefante como desventajosa para sus enemigos, que debian hacer los mayores esfuerzos para salvarse. Solo por su energia y valor consiguie-